

Gregorio Gutiérrez González

Por JOSE J. PINEDA

“Melibeo — Tityre tu patulae recubans sub tegmine fagi silvestrem tenui musam meditaris avena.

Nos patriae fines, et dulcia linquimus arva, nos patriam fugimus; tu, Tityre, lentus in umbra formosam resonare doces Amaridilla silvas”.

Virgilio — Egloga I

(Oh Tityro! retirado del bullicio y recostado a la sombra de una copada haya cantas tus versos pastoriles con tu delgada flauta, y sosegado enseñas a las selvas a repetir con el eco el nombre de la hermosa Amarilis).

Hace algún tiempo asistí a una cita del espíritu cumplida dentro de los muros que escucharon los primeros aleteos de Gregorio Gutiérrez González. Desde el angosto balcón del viejo caserón, que en parte aun se conserva, se divisa el vasto panorama que incendió el alma y ensanchó los ojos del máximo cantor de Antioquia. Ese mirador queda en frente del atrio del templo de La Ceja del Tambo, del cual dista, en línea recta, tres kilómetros. El paraje aun se llama El Puesto.

Los actuales dueños de la hacienda El Puesto adhirieron a la vieja e histórica casa una moderna construcción sobre el lado izquierdo a manera de mansión de veraneo y recreo, con cascada artificial; al lado opuesto hay una piscina y por el frente remata la entrada entre largas hileras de eucaliptus. Sobre el centenario paredón, debajo del balcón, resalta una placa marmórea conmemorativa que dice así: “Pasajero, detente un momento y piensa que estos muros guardan los primeros sollozos del inmortal cantor de la Montaña Gregorio Gutiérrez González — Mayo 9 de 1926— El Congreso de Colombia”.

Gutiérrez González nació en aquel paraje el 9 de mayo de 1826, por consiguiente el mármol se refiere a una conmemoración

centenaria. La fortuna de haber venido al mundo sobre la cima de la Cordillera Central andina, en un sitio apenas abierto en la selva, arrullado por las fuentes virginales y por el canto de las aves silvestres, hace de Gutiérrez González el bardo nemoroso por excelencia. La naturaleza tejíale en derredor un lecho saturado de aromas; el cielo se abrió sin fin a sus primeros parpadeos; sus gemidos iniciales alternaron con los gorgoros y el manantial filtrado en los carrizos y en las estalactitas. Nacida así y crecida sin alteración musical, la constitución orgánica del bardo llegó a ser muy semejante a las arpas eolias, sonoras al sólo contacto de las cosas. Sin duda se deben a este congénito y nativo temperamento la espontaneidad y la armonía imitativa de "Aures", la ternura eglógica de la canción "A Julia" y el candor que viste la filosofía de "Por qué no Canto"?

Gutiérrez González es conocido en el mundo de las letras con muchas denominaciones. La generación colombiana de 1870 lo apellidó "El Cisne de la Montaña". Poco después Rafael Pombo, en el profundo estudio que hizo de su obra, lo llamó "Virgilio Colombiano", "cuya vida misma fue poesía", "que escribió no sólo para Antioquia sino para el mundo", que "logró crear un obra primitiva y clásica", "aristocrática y popular". Para Antonio Gómez Restrepo, Gutiérrez González fue un poeta "que supo transformar la realidad prosaica y humilde en un torrente de poesía naturalista... que entona y vigoriza como el aire matinal del bosque". Para Marco Fidel Suárez fue "clarísima estrella de la literatura, no sólo antioqueña, pero colombiana y española". Para Tomás Carrasquilla su poesía es "gallarda, dulce y sentida en su conjunto y grandiosa en su concepción... Es la única resonancia que en el mundo del arte puede tener la desconocida región de Antioquia". Juan de Dios Uribe lo llama "precursor del antioqueñismo". Antonio Rubió y Lluch lo denomina "dulce bardo", cuya "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia" el mismo Virgilio de buena gana hubiera querido para sus Geórgicas". Don Juan Valera lo toma por "gran pintor de la naturaleza de su tierra". Doris Tannenberg al hablar de los "Poetas de la Naturaleza" hace referencia a nuestro poeta, así: "No es un literato, sino un verdadero poeta... cuyo poema sobre el maíz es de un sabor enteramente rústico y de un realismo lleno de emoción... sin titubeo alguno posible debe proclamarse como una de las obras maestras de la poesía castellana del siglo". Se refiere al XIX. Marcelino Menéndez y Pelayo en 1892 formula todo un juicio crítico sobre nuestro vate, especialmente en relación con la "Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia". Dice que Gutiérrez González "vale mucho como espontáneo y delicado poeta del sentimiento... Resulta más original en el extraño poema que intituló "Memoria sobre el Cultivo del Maíz en Antioquia", que es sin duda lo más americano que ha salido de las prensas... Es una poesía suave, robusta y confortante, pero de todo punto montañesa... No aspira a la aristocracia refinada, aunque está en germen un vigoroso cuadro del género titulado *Moretum*, que anda no se sabe por qué fundamento, entre los poemas menores atribuidos a Virgilio, y en el cual, con minuciosidad de detalle que pudiéramos llamar flamenca u holandesa, se describen las faenas con que el pobre labra-

dor Similo (exigui cultor rusticus agri) prepara su frugal almuerzo con ajo, apio, ruda y otras hierbas, mezclando queso, aceite y vinagre para componer un cierto almodrote”.

Todos estos conceptos han situado a Gutiérrez González en un punto tan definitivamente regional y original en la América del Sur, que hacen honor a Antioquia, en la persona del más grande de sus poetas. Bien sabido es que fuera de Antioquia también se han escrito obras de agudo regionalismo, en América, tales como “Don Segundo Sombra” de Guiraldes y las del venezolano Gallegos. Dentro de Colombia, en reciente época, hubo otros tres líricos de la naturaleza, que son Tomás Carrasquilla, José Eustacio Rivera y Arias Trujillo, pero de ningún modo su realismo es tan sencillez y candoroso como la poesía de Gutiérrez González. “La Vorágine” sólo tiene de realismo y regionalismo en parte de su material; “Risaralda” contiene un romanticismo tan amanerado e incorrecto en la expresión idiomática, que ha desfigurado la bella realidad que canta. La ventaja y la virtud con que se coloca Gutiérrez González por sobre todos estos “regionalistas” están en que el poeta antioqueño aun en la elevación romántica de sus endechas construye la poesía con vocablos populares, tomando el material en sentido directo y correcto, para decir lo que él mismo pudiera decir en otras formas más aristocráticas. Gutiérrez González escribió siempre animado por el sopor de la naturaleza, cualidad que revela en sumo grado en la “Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia”, la cual compuso recogiendo el lenguaje primitivo de los que saben experimentalmente el arte de cultivar el maíz; esto es, con material puro, técnico y popular, de ese que aun está por fuera del Diccionario de la Academia.

Para cumplir un propósito artístico semejante se impone la necesidad de conocer a fondo la lengua castellana. Gutiérrez González, como bachiller y luego como doctor en Derecho del Colegio de San Bartolomé de Bogotá, aprovechó la oportunidad de hacer profundos estudios de humanidades, sobre todo de literatura castellana, en una época en que primaba la intensidad de estos estudios en nuestros centros docentes. Se trata del año de 1845 en que la capital colombiana estaba aproximándose al cenit de nuestra cultura. Las escuelas literarias allí encontraban su cruzamiento y su vasta repercusión, pues casi simultáneamente con su nacimiento en Europa, las nuevas orientaciones del verso y del pensamiento en general llegaban a nuestros cenáculos literarios. El Duque de Rivas y Espronceda fueron conocidos primero en Bogotá que en España; Víctor Hugo, los Dumas, Eugenio Sué y Nordier eran para nosotros manuales mucho más vulgarizados que para los franceses; las historietas de Scott y Dickens se usaban como textos de lectura en nuestras escuelas primarias, cuando estos autores andaban buscando lectores en Londres. En aquellos días Gutiérrez González tendría veinte años y vivía con “sus discípulos en pleno Parnaso”, y en camino hacia un completo ambiente académico. Terminados sus estudios, regresó a Medellín y parece que nunca más tuvo antojos de volver a Bogotá. En su solar nativo contrajo matrimonio con la Señorita Julia Isaza y así fijó mejor su viejo raigambre y su arpa readquirió los acordes originales.

La vasta formación académica y literaria que Gutiérrez González trajo de Bogotá, sirvióle para respaldar con sobrada autoridad la serie de vocablos “regionalistas” usados en su “Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia”, porque en ella aparece un hombre de la academia dándole rango y sentido literario al lenguaje del pueblo, elevando lo rústico, prosaico y de poca monta a la categoría de arte. Sólo puede hacer selección quien tenga conocimiento in extenso del valor de las cosas, y para el caso el uso escueto del lenguaje antioqueño sólo se podía hacer por Gutiérrez González, conocedor de cómo se habló el castellano en todas sus edades.

Cosa sumamente grata para la Antioquia de todos los tiempos es saber que en 1866 funcionaba en Medellín un centro de estudios denominado “Escuela de Ciencias y Artes”, especie de academia integrada por varones de la talla mental de Gutiérrez González y Manuel Uribe Angel. Cuánto diera Antioquia en este siglo “de las luces” por tener un centro cultural de la misma especie.

Era obligación de los miembros de aquel colegio de sabiduría presentar por turno una monografía o memoria científica o artística ante el docto cuerpo. El tema era libre, y Gutiérrez González optó por ofrecer una memoria científica, y para el efecto presentó su poema “Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia”. El mismo la llama **científica**, y bien se lo merece.

Por cuanto conscientemente usa una serie de provincialismos en su poema, antevió la crítica que sobrevendría al léxico poco después, y entonces resolvió hacer la presentación en seis estrofas que rematan así:

“Por amor a las ciencias y a las artes,
en favor de la industria y el progreso,
y sólo en bien de mi querida patria,
mi **Memoria científica** os presento”.

“No usaré del lenguaje de la ciencia,
para ser comprendido por el pueblo;
serán mis instrucciones ordenadas,
con precisión y claridad y método”

“No estarán subrayadas las palabras
poco españolas que en mi escrito empleo,
pues como sólo para Antioquia escribo,
yo no escribo español sino antioqueño”.

Dónde hallaremos modestia igual? Ni Tibulo ni Virgilio, que le precedieron en este género de canto, usaron esta modesta Musa, porque los romanos emplearon siempre el estilo de la égloga clásica. Su vocablo es limado y tomado del viejo latín, así:

“Vere novo, gelidos canis cum montibus humor
liquitur et zephyro putris se gleba resolvit,
depresso incipiat jam mihi taurus aratro
ingemere, et sulco attritus splendescere vomer”

Virgilio — Geórgicas

(Todo se ofrece nuevo. La helada canícula
licúa la brisa de los bosques,
y el Céfito atenúa el agrio olor del campo;
la reja del mugiente buey pulveriza profundamente
la tierra y el surco inicia su esplendor).

En 1827 el ilustre americano Don Andrés Bello publicó su "Oda a la Agricultura de la Zona Tórrida", en silvas, en rima ajustada, clásica y pulcra, como Herrera en "El Divino y Quintana". En lo referente a la Zona Tórrida americana podemos afirmar que quedaron por fuera toda nuestra flora, la índole aborígen de América, el virgen ambiente del Nuevo Mundo y el sistema íntimo de nuestra agricultura. El intento del gran clásico venezolano vale mucho como entonación lírica en la lengua, pero como realidad muy poca cosa. El lenguaje analógico y tropológico del poema aun no ha puesto sus plantas en suelo americano.

El realismo que brota en cada una de las estrofas del poema de Gutiérrez González es decente, pulcro, inefable y galante. No hay asomos de la crudeza de la escuela naturalista. El decir va unido a la conformación religiosa del poeta, pues si algo frena los descarríos de la mente y del arte es la fe. Gutiérrez González antes de hacer estudios clásicos había preparado el corazón y la inteligencia en el Seminario de la ciudad de Santa Fe de Antioquia y en el de Ecogotá. De regreso a Antioquia, formó hogar católico y vivió en plena armonía religiosa con sus parientes, entre los cuales había príncipes de la Iglesia. Sólomente con la fe se puede elevar una oración al trabajo, tal como la "Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia". De este modo el poeta no cantó únicamente para Antioquia, sino para el Nuevo Mundo. Su poema dió una pauta que no ha sido seguida por ningún otro cantor de América, pues los poetas y los escritores descriptivos de antes y después de Gutiérrez González han creído que en los diccionarios regidos por la Academia Real de la Lengua deben estar los nombres distintivos y correctos de todas las cosas nuevas que hallaron los conquistadores en el Mundo de Co'ón, lo mismo que de las novedades surgidas con la civilización de los pueblos americanos. El mérito principal de Gutiérrez González está en poner al servicio de las características terrígenas y raciales americanas el arte de la poesía, y lo hizo para que otros lo imitaran, pero resultó inimitable. Si el Poema del Cid fue cantado por un creyente para el Rey y para España, la "Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia" fue cantada por otro creyente para la naturaleza de América.

El punto principal de la obra poética de Gutiérrez González en su rudo canto regionalista, por el cual fue llamado por Pombo "Virgilio colombiano", en recuerdo de las Geórgicas. Menéndez y Pelayo moteja el poema de "extraño", "montaraz desde todo punto", de vocablos "exóticos", no obstante reconocer el grande humanista español, en el conjunto, los altos quilates del poeta colombiano. Y en verdad que el sesenta por ciento de las dicciones son las usadas por el vulgo campesino antioqueño.

Sobre los "antioqueñismos" de Gutiérrez González se ha expresado así Don Rufino José Cuervo: "El uso de voces indígenas o peculiares de ciertas comarcas, desacompañando de... aclaraciones, condena a no ser entendidas fuera del suelo donde nacieron a obras que merecen otra suerte; dígalos si no la "Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia", poema bellísimo que con gusto prohiaría Virgilio, pero que su autor, modesto en demasía e injustamente celoso con sus lectores no antioqueños, destinó sólo a su patria".

Según el mismo filólogo el uso generalizado en el habla y en lo escrito prima sobre la gramática, pues ésta para no paralizarse debe dar cabida a innumerables nuevos vocablos y giros; y para el caso debe atenderse no sólo a lo que dicen y escriben los doctos, sino al pueblo que está más en contacto con las cosas de común empleo. el iletrado, forzado por la necesidad, llega a adquirir grande intuición para relacionar la naturaleza de una cosa y su oficio, relación que hay que conservar, en lo posible, en la invención de los nombres. El conglomerado de habitantes de cada región tiene costumbres peculiares, gustos distintos, tendencias innatas y fonética propia, bien sea dentro de las naciones cultas o en las apenas civilizadas, porque el medio telúrico y la dietética se filtran por todos los poros y hacen poderoso influjo en el organismo y en el espíritu. El pueblo antioqueño, vástago de andaluces, extremeños, vascos, hovatenses, aragoneses y africanos, en cruzamiento con la raza aborigen de sus breñas, ha llegado, con el tiempo a formar una unidad definida, específica dentro de la nacionalidad y genérica dentro de sus linderos. La unidad genérica antioqueña está en sus costumbres, en sus gustos, en sus creencias religiosas, en sus inclinaciones y en su fonética, que son comunes a todos los tipos antioqueños. Aquí estriba el regionalismo antioqueño y la añoranza por Antioquia de los antioqueños ausentes.

En la polarización de gérmenes vitales salió triunfante y dominante la raza katía por su arraigo milenario en el medio y sus excepcionales condiciones de vitalidad; bien puede afirmarse que este núcleo asimiló las mejores virtudes que trajeron los grupos foráneos.

A propósito dice el profesor López de Mesa:

"Sin pretender adjetivar la índole de las naciones al ambiente geo-físico en que nacen, no puedo menos que relievár su influjo en este caso de Antioquia, pues el vigoroso núcleo katío de población aborigen que en ella hallaron los españoles ya tenía mucho de los caracteres que hoy distinguen a los sucesores suyos de otra raza. Ya negociaban textiles y oro; renegaban de caudillos militares y de toda organización guerrera en los tiempos de paz y sólo los admitían en épocas de lucha; amaban el hogar y de él cuidaban mucho, corrigiendo el despotismo marital peculiar en los indios con una mayor consideración de su esposa y sus atribuciones domésticas, que, como ahora ocurre, la exaltaban y aun en ello hacían preeminente, a lo cual correspondía a su turno la mujer con cierta mayor prestancia social suya, ora en el aspecto físico, ora en la aptitud moral para las empresas peculiares de su misión. Y eran ya entonces andariegos y buenos "contractantes" (como dice el cronista), harto habladores, fanfarrones aún, e imaginativos...

“Cuando los españoles se presentaban, en nutabe sureño (caldense hoy), desconcertado hasta la angustia, se ahorcaba de las ramas de los árboles frutales, por no ver a estos barbudos guerreros, cuya misión no entiende ni intenta descifrar. En cambio, el katío jacarandoso los saludaba con respeto, **porque casi se muestran como él, agueridos y valientes.** Y luego, ya vencidos en lucha de asedio tenaz en que desplegaron ingeniosos recursos de atrincheramiento, cuales sólo de razas superiores eran de suponer, pactan, con un sentido común, civilizado asimismo, la paz, y pacto cumplen muy sensatamente.

“Con el correr de los siglos esta conducta guerrera vese también en los nuevos pobladores de Antioquia: Porque son adictos a la paz, y cuando les es forzoso ir a los combates, eligen a un patriarca de los suyos director de la guerra, ora se llame Juan del Corral, Don Braulio Henao, Don Cosme Marulanda, el Doctor Pedro Justo Berrío y el Doctor Marceliano Vélez, el Doctor Pedro Nel Ospina o Carlos E. Restrepo, los que, vencidos o vencedores, regresan luego sin ufanías de laurel y muy campechanamente a sus bíblicos hogares y agro estéril. En ninguno de ellos se da el tipo caudillesco de nuestras democracias, pues no combaten para encumbrar su nombre encima de las leyes y gobiernos, sino en defensa, equivocadamente o no, de instituciones familiares, sociales, religiosas o civiles a que ellos y sus pueblos adhieren con fervor inextinguible...

“Pueblo caribe, de lengua aglutinante y pobre aun, emparentada tal vez con las del grupo polinésico, como el Kamzá del Amazonia, que estudia nuestro máximo lingüista contemporáneo... Los vascos que la estudian hallan en ella similitudes casuales, de fonética tal vez y un poco de la estructura, con el eúskaro, como si el destino quisiese juntar las dos naciones, ya que de vascuences se formó luego en mucha parte la gente antioqueña.

“...Mas ello es, y de aquí surge la tercera gran jornada de Antioquia, que no quedose inerte ante tantas negaciones de la fortuna, sino que emprendió duro combate por el progreso material y la instrucción. El Doctor José Félix de Restrepo y Don José Manuel, Don Juan del Corral, Francisco Antonio Zea, Juan de Dios Aranzazu, Mariano Ospina Rodríguez, Juan de la Cruz Gómez Plata, Pedro Justo Berrío y Manuel Uribe Angel son ahora los gonfaloneros de esta nueva jornada de superación. Pureza administrativa, impulso industrial y vías de comunicación, instrucción pública, ejemplo social y familiar, normas; iniciación de la literatura y de la ciencia, orgullo de ser y de servir, visión del más allá, dignidad y potencia; todo esto lo enseñaron diciendo y practicando, por tal manera eficaz que en menos de un siglo la raza domina el Magdalena con ruta de audacia ciclópea, coloniza el Quindío ubérrimo, avanza por el San Jorge y el Sinú, le ciñe el pescuezo a la Cordillera de Abibe para enseñorearse del Golfo de Urabá y sus afluentes... Ya entonces alcanza a un millón de ciudadanos (se refiere a la Antioquia de fines del siglo XIX). Ya tiene glorias que ofrecer al mundo en sus literatos y gobernadores, en sus industriales y técnicos. Ya es un pueblo que abrió **historia en el concierto universal.** Sus gramáticos, ensayistas, novelis-

tas y poetas crearon un género vernáculo, sabrosamente peculiar, que en el hogar de Colombia, y aun allende el Océano, triunfa con quilates de prestigio. Hombres suyos ennoblecen la democracia de América y sabios suyos decoran la ciencia nacional”.

Muchos de los grandes antioqueños que nombra López de Mesa son muy posteriores a Gutiérrez González. Los antioqueños ilustres que aun viven, y los que habrán de venir, sostendrán la misma tradición, cada vez más antioqueña; porque la vorágine de la civilización en vez de quitarle sedimento y fuerza a nuestra fusión racial, antes será absorbida por los antioqueños en su parte saludable. En Antioquia hay muchas deficiencias aun, hay grandes errores y vicios, pero superan sus virtudes; si así no fuese nuestra sociedad ya se hubiera derrumbado. La variedad de los elementos componentes de este pueblo se agitan como los metales en el crisol en vía de aleación para hacerse oro fino y sonoro.

Obsérvase, además, que en todos los tiempos ha habido en Antioquia un ritmo de decencia en la marcha de los partidos políticos. Aun en los momentos más tormentosos de enardecimiento político, en que el país se sacude y crepita, en Antioquia reinan la honestidad y la cultura políticas y el trato de hermanos entre conservadores y liberales. La agresión partidista es una excepción y se toma por una mancha de los actos cívicos. Hogares hay en que sus elementos abrazan dos o más partidos distintos, y ninguno es molestado por sus opiniones. Muy comúnmente se da el caso de que sufragantes exaltados en día de elecciones, posteriormente piden excusas por sus desmanes a sus enemigos de bandería! Por eso a nadie parecerá extraño que Camilo Antonio Echeverri y el Indio Uribe, radicales de extrema, se disputasen el honor de prologar las poesías de un “godo gacho”, que eso era, además, Gutiérrez González.

Un pueblo así constituido ha sacado de sus entrañas el lenguaje con que habla Gutiérrez González en la “Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia”. Naturalmente este lenguaje es rudimentario, porque es hablado por los que no tienen ni siquiera nociones de la gramática; es elemental, porque antes de Gutiérrez González no tenía valor literario; es armonioso y rico, porque en él canta sus endechas y guabinas el ochenta por ciento de los antioqueños; es humilde, porque nunca creyó en su valor ni aspiró a subir a los cenáculos académicos, a donde lo elevó Gutiérrez González.

Ese lenguaje es de puro linaje antioqueño, es decir, para nosotros, castizo en demasía. Con su sintaxis, su rima asonante, su brusca acentuación fonética, sus cadencias y su sencillez, por los mismos tiempos y hasta varios años después de muerto Gutiérrez González, escribió Epifanio Mejía una formidable obra poética. Además, el poeta de Yarumal acogió en todas sus partes la pauta humilde, nómada y hogareña de Gutiérrez González, a quien tributó grande admiración. Dentro y fuera de Colombia el numen de estos dos aedas se confunde, sin duda porque son hermanos en la sangre y en la inspiración.

Ante la crítica de los académicos, tanto colombianos como españoles, Gutiérrez González nunca intentó hacer un catálogo de los

regionalismos usados en su poema, a fin de explicar lo que esas extrañas dicciones significan en Antioquia. El poeta dirigió personalmente la tercera edición de sus poesías completas, hecha en Medellín en 1869. Ya eran extensamente conocidas la primera edición hecha en Nueva York en 1866, con prólogo de Pombo, y la segunda edición hecha en Medellín en 1867. El poeta ya conocía entonces la crítica suscitada contra él en el vasto dominio de la lengua. La cuarta edición salió en Bogotá en 1881, cuando el bardo ya llevaba 9 años de dulce y eterno reposo. Fue presentada con prólogos de Salvador Camacho Roldán y Rafael Pombo; con apostillas de Manuel Uribe Angel y Emiliano Isaza, para dar el sentido de los "regionalismos" usados en la *Memoria*. De esas voces la tercera parte figura en las últimas ediciones del Diccionario de la Academia; el resto ya tiene carta de naturaleza dentro de los 12000 americanismos que están entrando al torrente de la lengua castellana. Presentamos la mayoría de esos neologismos en la categoría lingüística que actualmente tienen: coleta (americanismo), guarniel (academia), **tendón de tierra** (colombianismo), socolar o zocular (americanismo), guavina o guabina (academia), cañón por tronco (colombianismo), madrino (colombianismo), bamba (colombianismo), encartucharse (americanismo), chamiza (americanismo), rancho o chacra (americanismo), estantillo (colombianismo), barbacoa (americanismo), coyabra o cuyabra (americanismo), calabazo (americanismo), catabre (colombianismo), aborlonado (colombianismo), filote (colombianismo), guasca (colombianismo), boba (colombianismo), chócolo (la Academia dice choclo), arepa (americanismo), fula (colombianismo), chumbe (colombianismo), mazamorra (academia), etc.

Por lo visto los "neologismos" de la *Memoria* ya no son "antioqueñismos" sino colombianismos y americanismos, y gran cantidad ha entrado al Diccionario de la Academia. Del lenguaje de Gutiérrez González quedan en Antioquia algunos vocablos aislados que no llenan los dedos de la mano.

Ninguna de las compilaciones publicadas hasta ahora contiene las poesías completas de Gutiérrez González, ni aun la que él dirigió personalmente en Medellín en 1869, casi en vísperas de su temprana muerte. En la vida de Gutiérrez González se da un promedio de 28 o 30 años de intensa inspiración poética, con suficiente producción para llenar varios volúmenes; pero parece que él mismo recortó la frondosidad de su obra para ofrecernos únicamente el tronco o parte sustancial. Con este pensar quizá nos privó de tener conocimiento de mucha parte interesante de su obra y de su vida. O tal vez se deba esto al estilo de los poetas de su generación, consistente en dedicar improvisaciones o poesías escritas sin dejar copia de ellas. Por este medio el poeta se hace muy popular, pero su labor queda dispersa e inédita muchas veces, por la dificultad que ofrece la colección. Que esta era la característica de Gutiérrez González está demostrado en la edición que tenemos en la mano, en donde las improvisaciones aparecen recogidas por los amigos del poeta.

En virtud de esta supresión o dificultad en la colección, quedamos en la oscuridad para ponderar la vida del joven aeda en el

romántico Bogotá. De aquel período sólo sabemos que su endeblez, desgarbo y apetito dormilón, hacían de él un temperamento propenso al romanticismo morbosos de los bebedores de ajeno. Por gracia congénita era, además, impresionable, imaginativo, emotivo y ardiente en la pasión amorosa. Por eso lo vemos en la Capital cuitante como Werther, en la persecución romántica de **Temilda**, muchacha de quien él se prendó, con peligro de fracasar en el final de sus estudios. La presencia de la beldad bogotana en la mente y el corazón del joven poeta, acompañada de desdenes acarreó complicaciones psíquicas y orgánicas en forma tal que se vió en peligro de muerte. Cierta día en momentos de aguda crisis emotiva y nerviosa, fue conducido por sus compañeros a un consultorio médico, y el galeno, tal vez empírico y pesimista, al ver la palidez y el estado casi inconsciente del "paisa", diagnosticó la presencia de un aneurisma mortal y sin titubeos le profetizó menos de un año de vida. Entonces el crédulo amante dedicó esta última estrofa a la joven de "ojos rasgados y azules":

"Ya de mi cítara las tristes cuerdas
sólo entre lágrimas darán su voz...
¡Adiós, bellísima Temilda ingrata;
mi labio trémulo te dice adiós!"

Parte de estos episodios parecen ser la canción "Amame, Ingrata".

Pasado el peligroso ensueño y sus torturas, el poeta recuperó la salud y determinó regresar a Antioquia, a donde trasladó ese fuego amoroso y sensitivo, para ponerlo ahora sí al servicio de su **Montaña** y de su eterna Julia. Para emprender esta etapa con mejor augurio y nuevos bríos, renunció al influjo malsano del romanticismo tétrico importado y formuló un llamamiento a los jóvenes de "su patria americana", pidiéndoles que vuelvan los ojos al

"Nuevo Mundo que de polo a polo
majestuoso por el mar se extiende".

Al bardo americano

"Un nuevo numen inspirarle debe,
porque en su suelo inspiraciones bebe
nuevas y grandes como grande es él".

Aquí empieza la altísima labor poética de Gutiérrez González, por cuanto su mente ha tomado mejores elementos de juicio y ve mejor las cosas. Su edad ya frisa en los 24 años, y ya es hombre de afrontar en serio la vida del arte y del amor. Los devaneos de la niñez adulta desaparecen y el soñador despierta y halla la realidad en su propio elemento. Esa realidad está en Antioquia; está en Aures, en Medellín, en su esposa y en sus hijos, en el contorno social de amigos que le rodean y finalmente en el trigo y la hostia de América que es el maíz.

Esta transformación ocurrió en 1850. De aquí en adelante la tendencia literaria de Gutiérrez González es puramente personal, y a más de personal, terrígena. El poeta canta a los objetos y seres que le rodean, con vena inagotable; su inspiración no va más allá de lo que palpa y ama. Aun en los momentos de supremo arrepentimiento como en "Por qué no canto?", "Canción", "Dios", "A Nada...", "Miserere", "La Oración", el numen está ubicado íntegramente dentro del hogar, pero de un hogar pulcro y santificado. Los dos cantos a Julia son dos cantos a Antioquia, porque Julia, como esposa del bardo y como representante genuina de todas nuestras virtudes, es Antioquia.

Desde 1850 en adelante la vida de Gutiérrez González es **sui generis**; se mueve por separado de todos los poetas de Colombia. Algunos compatriotas seducidos por el rumor de su arpa, le piden que cante, que cante más, y merced a estos llamamientos se va extendiendo el nombre del poeta antioqueño hasta más allá de los lindes patrios. Al poeta apenas le quedan 22 años de vida, los cuales distribuya en Medellín, Rionegro, La Ceja, Sonsón y otros sitios centrales del Departamento. Catador finísimo de la naturaleza, recoge impresiones, añoranzas, recuerdos, para retribuir bajo la forma de cantos lo mismo que esa naturaleza le ha dado.

Leyendas que van de labio en labio y que seguramente tienen contacto con la realidad, afirman que Gutiérrez González desempeñó varios empleos públicos en Medellín, posiblemente con muchas deficiencias, debidas a su inclinación poética y su elevación de espíritu. Los genios son muy malos empleados, porque ponen toda la mente al servicio de un ideal casi siempre reñido con el oficio que se les encomienda; los genios son neuróticos y maniáticos. De Gutiérrez González se cuenta que desempeñó el puesto de Juez de Circuito en Medellín, empleo del cual fue destituido y casi procesado, por considerar el Tribunal Superior que el poeta incurría en denegación de justicia cuando en vez de sustanciar las demandas erradas y confusas con autos de sabor y estilo judicial, les ponía esta acotación jocosa e irónica: "De parte de Dios Todopoderoso, diga qué quiere y no me ofenda".

La selección de poemas de Gutiérrez González lleva diez publicaciones, así: 1ª, en Nueva York, en 1866, con prólogo de Rafael Pombo; 2ª, en Medellín, en 1867; 3ª, en Medellín, 1869, con prólogo de Camilo Antonio Echeverri; 4ª, en Bogotá, 1881, con prólogos de Salvador Camacho Roldán y Rafael Pombo, notas de Manuel Uribe Angel y Emiliano Isaza; 5ª, en Bogotá, en 1882; 6ª, en Bogotá, en 1882; 7ª, en Bogotá, en 1888; 8ª, en París, en 1891; 9ª, en París en 1908; 10ª, en Bogotá, en 1926.

Finalmente se ha cumplido y en el tiempo sigue cumpliéndose el anuncio de Camilo Antonio Echeverri, puesto en la portada de una de las ediciones: "Y tu nombre irá muy lejos, porque andarás sin descanso; y porque no podrá detenerse nunca sino el día en que dejen de oírse las dulces notas de tu lira. Y esto no puede suceder, no sucederá; porque el millón de admiradores que tienes y tendrás, transmitirán de siglo en siglo tus cantares y mantendrán siempre vivos tu memoria, tu genio y tus versos inmortales".

Gutiérrez González murió en Medellín el 6 de julio de 1872. Durante su agonía sostuvo en la diestra la imagen de Cristo y los ojos fijos en ella; la siniestra mano reposaba entre las del sabio médico Manuel Uribe Angel, quien testimonió la fuga de la vida por encima de los recursos de la ciencia y contra las protestas de la amistad y del amor. A su lado su acongojada Julia inundaba la estancia de reclamos y de lágrimas.

Muchos años después los parientes íntimos de Gutiérrez González se trasladaron a Bogotá y consigo llevaron los restos del poeta, ya unidos a los de Julia. Los depositaron en un sitio de la Catedral Primada, para tenerlos más cerca de los sufragios familiares. En 1926 ya La Ceja había hecho varios reclamos a fin de conseguir la reintegración de tan venerandas cenizas, pero sólo se pudo vencer el filial capricho de retenerlos en la capital a finales de este año de 1950.